

## 1

## LE MADONNE

AIMÉE MENDOZA SÁNCHEZ

El mal reside (también) en  
la misma mirada inocente que  
percibe el mal en torno suyo

HEGEL

CADA NOCHE EN EL MUSEO ERA UNA ETERNIDAD. Las blancas pieles perdían la lozanía debido a las luces de lámparas y miradas llenas de admiración. Las siluetas enmarcadas desde hace siglos parecían descansar sin perder sus posturas. Acumuladas ahí, como objetos de anticuario, las Madonas debían soportar el escrutinio público todos los días. No tenían descanso. Algunas recordaban haber engalanado salones reales o pontificios. La mayoría se sentían ofendidas por haber sido expuestas de tal manera, arrancadas de sus aposentos apacibles, para exhibirse ante los ojos morbosos del vulgo. Durante los años transcurridos, no habían faltado las manos abyectas que quisieron tocarlas para calmar su emoción. Aquellas huellas dactilares las ensuciaron y corrompieron. Aunque los curadores intentaron reparar los daños, las marcas de tales osadías eran ya imborrables. Se lamentaban creyendo que, de haber permanecido en los aposentos originales, estas afrentas no hubiesen sucedido.

El último gran conjunto de retratos de Madonas había llegado hace unos sesenta años, provenientes de una colección privada en Viena. El conde al que habían pertenecido era un hombre sumamente cuidadoso con ellas, de quien se contaba, incluso, que su gran afición lo había llevado a dedicarle a cada una al menos una hora al día para contemplarlas

o conversar. Acostumbradas a tratos tan peculiares, sufrieron un fuerte impacto al ser trasladadas al museo para formar parte de la colección general. Absortas, se miraron fijamente unas a otras sin encontrar consuelo. Así pasaron sesenta años. Algunas leyendas contadas por los guardias nocturnos hablaban de lamentos oídos durante las horas en que el museo cerraba sus puertas, pero realmente nada podía aseverarse.

Envueltas en mantos cerúleos, con gestos serenos y diáfanas pieles, estas figuras aparentaban llevar su nueva vida con gran dignidad. Empero, el desgaste había comenzado a hacer estragos en su constitución y la desesperación se había apoderado lentamente de sus almas. Por ello, cada día transcurrido ante el escrutinio público era un martirio peor al representado en los cuadros en los que aparecían. Pero las personas seguían llegando sin falta, para pasar rápidamente frente a ellas, fingiendo dedicarles un poco de atención.

Pronto, las Madonas comenzaron a desvanecerse de los cuadros y a perder los finos trazos, como consecuencia de su aficción. Tuvieron que pasar algunas semanas para que los curadores repararan en estos extraños acontecimientos y lo adjudicaron a la museografía. Después de algunos ajustes dieron por concluido el asunto y no dudaron en aprovechar los arreglos para abrir una nueva exposición con material solicitado a otro museo. Fue entonces cuando las Madonas se encontraron con otras piezas artísticas y concibieron la solución a su degradante situación. Al poder descansar algunas semanas para dar paso a la nueva exposición, pudieron reunirse, en silencio, sin ser vigiladas en todo momento por guardias o visitantes. Acordaron los términos en que llevarían a cabo su plan y el plazo para cumplirlo.

Después de un par de semanas, algunos visitantes dieron aviso a las autoridades del museo acerca de desmayos y malestares sufridos por parte de sus acompañantes dentro de las instalaciones. Los organizadores creyeron que tales sucesos podrían deberse a la temperatura, pues había sido modificada en las salas donde se encontraban las Madonas para evitar su deterioro. Tras pedir a los asistentes que tomaran sus precauciones, las visitas continuaron a diario durante algunos meses. Siguieron produciéndose desmayos, aunque estos ya no sucedían con tanta frecuencia. Sin embargo, una tarde, mientras uno

de los guardias llevaba a cabo su recorrido de rutina, se detuvo frente a uno de sus retratos favoritos. Era La Virgen de las Rocas, en una de las versiones de da Vinci. Tras unos segundos de contemplación advirtió algo extraño, pues parecía que el rostro de la Madona había cambiado. No era un experto, pero su aficción le permitió percatarse de dicha transformación. La composición del cuadro difería sobre todo en la figura femenina. Observó, también, los retratos restantes y sintió un horror indescriptible. De inmediato se dirigió a la oficina principal e intentó hablar con uno de los curadores.

—*Monsieur Dupont, c'est vraiment incroyable! Les Madonnes... ses visages sont différentes!*

El curador, incrédulo, siguió al guardia para confirmar por él mismo la noticia. Tras algunas horas de revisión exhaustiva llegó a la conclusión de que era cierto, las Madonas habían sido cambiadas. Se intentó evitar un escándalo, pero las puertas del museo no podían permanecer cerradas sin llamar la atención de la ciudad. Resolvieron, entonces, comenzar una investigación a detalle para descubrir el misterio. Nadie entendía lo que había sucedido y a las pocas semanas la policía dio con una banda de falsificadores de obras de arte que se escondía en los suburbios. Los noticieros explicaron que los cambios producidos se debían a la cuidadosa sustitución de los originales, los cuales, creían, se hallaban extraviados. Aun cuando los integrantes de la organización confesaron haber sustituido dos retratos menores, hace algunos años, la policía creyó que intentaban ocultar sus hurtos para aminorar sus condenas legales.

El museo volvió a abrir sus puertas, y las visitas se triplicaron: todos los asistentes querían atestiguar la “recuperación” de las obras y tomarles fotografías, a fin de percatarse, en futuras ocasiones, de cualquier modificación escandalosa en ellas. Parecía ser la primera vez que las personas veían realmente los cuadros. Un hombre, incluso, exclamó asombrado que le parecía curioso nunca haberse percatado de que una de las Madonas se parecía a cierta conocida.

Y las voces ahogadas, que parecen provenir de los lienzos, se pierden entre el bullicio de los turistas y las luces artificiales, contrastando con las risas etéreas que a veces pueden oírse a altas horas de la noche, rondando las calles, como trazos que se desdibujan.